

## Los Adelantados de Canarias

Don Alonso Fernández de Lugo

I ADELANTADO DE CANARIAS

### VII

Entre los errores que los historiadores canarios de los siglos XVII y XVIII recogieron, cuéntase el de la ingénita cobardía de los palmeros, error que les lleva al punto de afirmar que en esta isla las mujeres eran más aptas que los hombres para la guerra, de lo que infieren no fué tanto el mérito de Lugo en esta empresa, pues como César en Farsalia pudo decir: "llegué, vi y vencí".

Si el valor de las operaciones militares se hubiera de medir sólo por el tiempo en ellas empleado, no hay duda que el de la conquista de ésta fué bastante escaso, puesto que comenzada la guerra en 29 de septiembre de 1492 se dió por terminada en 5 de mayo de 1493. Mas como no es el tiempo el cartabón por donde se aprecia la importancia de las acciones militares, porque la facilidad tanto puede probar lo hacedero de la empresa como la mucha estrategia del jefe que la dirige, bueno será examinemos con alguna detención esta campaña, la primera que pesaba sobre los hombros de nuestro Adelantado como General en jefe.

Es la isla de La Palma una de las más ásperas y montuosas del Archipiélago, y bien se puede afirmar que la densidad de sus montes seculares lo sería mucho más en la época de la conquista, y como ningún país bravo puede ser patria de cobardes, cuando los palmeros fueron conquistados ya tenían dadas hartas pruebas de no estar dispuestos a vender por una intimidación la libertad de la patria. Recuérdese, si no, el valor con que rechazaban a los piratas herreños y gomeros cada vez que con sus propios señores a la cabeza iban a infestar con sus correrías a la isla verde, llevados no más que de la mísera codicia de la presa de ganado y alguno que otro desapercibido indígena, a quien tan pronto aprisionaban remitían sin demora a los mercados donde eran vendidos por esclavos, con burla de las leyes divinas que sin cesar les anatematizaban éste y otros desmanes.

Tráigase a la memoria la heroica resistencia que opusieron a la invasión que para conquistar la isla ordenó con tres fragatas Hernán Peraza, al frente de la cual mandó a su hijo don Guillén, joven apuesto y esforzado, quien a pesar de sus bríos murió con la mayor parte de los suyos a manos de los palmeros que, amantes como

los que más de su independencia, supieron defenderla desbaratando el primer ejército que intentó subyugarlos, siendo fiel testimonio de este heroico hecho las lúgubres endechas que cantaron los vasallos a la muerte de su joven y futuro señor, endechas que conocemos gracias al padre Abreu Galindo, que tuvo el buen acuerdo de recogerlas en su historia.

Es, pues, uno de los tantos mitos introducidos en la Historia la especie de que la pusilanimidad palmera facilitó la conquista a Fernández de Lugo, porque un pueblo de estos antecedentes no se podía intimidar por la sola vista del ejército español.

Eolo, el dios de los vientos, no queriendo contrariar a la fortuna que, como se ha dicho, se había propuesto favorecer a Lugo, inflando las velas de los navíos llevó la expedición al surgidero de Tzacorte, territorio perteneciente a Mayantigo, el príncipe de más amable condición de los doce que señoreaban la isla, tanto que su mismo nombre, que en lengua del país significaba "pedazo de cielo", lo mismo podía referirse a su belleza varonil, que se dice era mucha, como a la bondad de su carácter.

Desembarcada la gente, armas, bagajes y demás pertrechos, el primer cuidado de Fernández de Lugo, como discreto general, fué construir un campamento todo lo bien fortificado que pudo, medida como se ve de alta prudencia militar que le ponía a cubierto de cualquier revés que pudiera sufrir la empresa. Terminado que hubo el campamento, y dejándole guarnecido, metióse tierra adentro con el grueso de su ejército, observando el más riguroso orden, precaución que si no fué necesaria por el carácter pacífico de Mayantigo y sus vasallos, no por eso deja menos de acreditar de previsor al jefe que, prefiriendo emplear los medios suaves antes que los violentos de la guerra, con política afable y obsequiosa consiguió, sin efusión de sangre, el atraer a su intento a aquel príncipe por medio de un tratado en que el bárbaro, si bien se obligaba a bautizarse haciéndose cristiano, y cedía la soberanía a los reyes de España, salvaba para sí la dignidad de príncipe, y para los suyos las libertades y franquicias de vasallos españoles; ejemplo que siguieron Echedey, soberano de Tihuya en Tacande; Tamanca, que mandaba en Guehevey; y Echentive y Azuquahe, a quienes reconocían por señores los que habitaban en Ahenguareme.

Estos comienzos felices de conquista política quebráronse en el principado de Tigalete, estadillo que se extendía por lo que hoy es jurisdicción de Mazo hasta la Breña-baja, porque sus príncipes Tarigao y Garehagua, el primero díscolo y el segundo rencoroso contra los europeos por la muerte que los herreños dieron a una hermana suya, no quisieron someterse, y presentada batalla fueron vencidos y desbaratados por las tropas de Lugo, con pérdida grande de los naturales entre muertos, heridos y prisioneros, refugiándose los restos de los habitantes de esta comarca en las del norte de la Isla, adonde llevaron, con su desolación y ruina, el espanto y la creencia de lo inútil de una resistencia temeraria. Así fué que los príncipes Bencacayse, soberano de Tedote, hoy la ciudad capital de la Isla; Atabara, de Tenagua o Puntallana; Bediesta, de Adehayamen o Los Sauces; Timaba, de Tagaragre o Barlovento; Bediesta, de Galguen o Garafia; y Atogmatoma, que lo era de Hiscaguan o Tijarafe, todos pidieron rendirse bajo las mismas condiciones de Mayantigo, lo que de buen grado les fué concedido por Lugo, pues su pericia militar no desconocía ser necesario para señorearse del país muchas fuerzas más de las que él podía disponer.

Todos estos hechos realizados por Lugo en el corto espacio de tiempo del otoño

de 1492, dan testimonio de la habilidad con que sabía combinar sus dotes militares y políticas, porque en tan breve plazo alcanzó con poca efusión de sangre más que ninguno de los conquistadores de Canarias, incluso el humanitario y bondadoso Juan de Béthencourt. Pero a la conquista de la hermosa isla de La Palma faltábale aún su término o corona. Tanausú, el príncipe de Aceró, no quería someterse de buen grado, y esta terquedad obligó a Lugo a retirar sus tropas al campamento de Tazacorte para invernar, porque, prudente, no quiso empeñarlas en estación tan desapaisable en un país en extremo fragoso. Sin embargo, ni su habilidad política y guerrera, ni su prudencia militar, le han podido librar de que los historiadores hayan tomado pretexto de este pequeño obstáculo para anatematizarle sin piedad.

El pequeño estado de Aceró o la Caldera, como hoy se dice, ocupa casi el centro de la isla de La Palma, en lo más elevado de sus cumbres, siendo uno de los fenómenos geológicos más hermosos que la Naturaleza puede ofrecer a la vista del espectador. Pero a fin de que nos podamos formar idea de lo embarazado que se encontró Lugo para desbaratar este obstáculo que se oponía a la terminación de su empresa, voy a describir el sitio, aunque la poca habilidad de mi pluma no atine a pintarlo como lo pide su belleza.

Forma esta vastísima caldera, una cordillera de cerros escarpados, cuyas laderas, vestidas de árboles seculares, dragos, pinos, laureles y muchos arbustos, le dan una vista encantadora por los distintos tonos de verdura que le imprimen, terminando al centro con una hondonada de dos leguas de circuito, y una pequeña llanura de unas cuantas fanegadas de extensión, llamada Taburiente, que bien puede denominarse oasis de cultivo en un mar de vegetación exuberante.

Pero lo que más hermosura imprime a esta región son las muchas fuentes y pequeños arroyos que, precipitándose desde los riscos, la riegan y fertilizan, y que, reunidas en el fondo, hacen el caudaloso arroyo que forma a su salida la gran cascada a la que los naturales llamaron Axerjo, esto es, gran torrente de agua.

Este corto estadillo que poco valor tenía por su suelo, tenía muy grande por lo estratégico de su posición inexpugnable, pues sólo ofrecía dos entradas a cual más peligrosa de atacar por lo fácil y seguro de la defensa. Era una la llamada de Adamacansis, y la otra por la fragosidad del barranco en la desembocadura del gran arroyo, siendo para colmo de contradicción señor de esta región el célebre Tanausú, príncipe bárbaro de perdurable memoria, porque en lo tozudo de carácter y lo bravo de condición era digno de reinar en estos elevados picachos en compañía de las águilas altaneras.

Ni la derrota de Jurigua y Garehaga, ni la rendición de los restantes príncipes pudieron convencer a que aceptara las proposiciones de Lugo. Su valor y lo altivo de su carácter, ¿cómo podían moverle a que se entregara? ¿Quién podía persuadirle del derecho de los extranjeros a sus selvas amadas, si había nacido soberano? Así, pues, juró de no perder su señorío o morir en la demanda y, como era un carácter, dió exacto cumplimiento a lo jurado.

Pasada la crudeza del invierno, sacó Lugo su gente del real, decidido a reducir a Tanausú por la fuerza de las armas, visto no quería hacerlo de buen grado; pero cuando llegó a la entrada de Adamacansis, apercibidos los bárbaros, ya habían cubierto el paso, y lo defendieron con tanto denuedo desde las alturas en que estaban apostados, que el General, temiendo una derrota, tocó a retirada, salvándose de un

desastroso fin; y aunque al siguiente día intentó introducir sus tropas por el paso de Axerjo, adonde pudo llegar con ayuda de los naturales, sus aliados, que transportaron en hombros a los jefes y oficiales, entendida por Tanausú la jugada, corrió a cerrarlo con los suyos, y tan bien supo defenderlo que el ejército español, a pesar de hacer prodigios de bravura, no pudo adelantar nada en aquel agrio terreno en que la Naturaleza hacía tanta resistencia, o más, que los hombres, con ser la de éstos grande y denodada.

Visto por Lugo que sus tropas desmayaban en medio de aquellos horribles precipicios y que el fruto de la conquista se perdería si aquel indomable bárbaro no era sojuzgado, porque su ejemplo sería incentivo para los que ya estaban rendidos, trató de que un ardid le diera el resultado que la resistencia de Tanausú, unida a lo abrupto de la tierra, le negaban. Al efecto, envióle un mensajero, que a la cualidad de natural del país reunía la de cercano deudo del obstinado príncipe; pero éste no quiso dar oídos a ninguna clase de proposiciones interín los españoles ocupasen sus estados.

Apreciando Lugo las circunstancias, evacuó el término de Tanausú; pero, previsor, sospechando de la fe del bárbaro, emboscó parte de sus tropas en Adamacansis, retirándose con el núcleo de la tropa a la Fuente del Pino, donde se habían convenido las vistas. Amaneció el 3 de mayo, y visto por los españoles que Tanausú no comparecía, creyéndose burlados, retrocedieron a la Caldera, y así que le avistaron, pues aunque tarde al fin venía con los suyos, en cuanto le tuvieron a tiro de fusil le embistieron, trabándose una recia batalla en la que, muriendo muchos de ambas partes, al fin quedó el campo por los españoles y prisionero el belicoso príncipe, con lo que acabó aquella conquista tan deseada.

## VIII

La derrota y prisión de este ilustre bárbaro, es una de las grandes faltas con que los filósofos de los siglos XVIII y XIX quieren mancillar la fama de Lugo; campaña de descrédito que, seguramente, no habrían comenzado, si hubiesen entendido que el gradual desenvolvimiento de los principios que asentaban habían de dar a la larga, como consecuencia legítima, el trastorno de las ideas fundamentales de la crítica.

Sin que sea mi ánimo el salvar al primer Adelantado de Canarias de la falta que pudiera cometer con este hecho, no creo esté de más se le analice para que la pena que a su fama póstuma se le imponga sea proporcionada a aquella; pues aunque Cervantes, soldado valeroso y peritísimo en las cosas de Marte, nos dice por boca de Don Quijote que en la guerra es lícito usar de ardidés, estratagemas, embustes y marañas, sin embargo, si Lugo empeñó su palabra, según se afirma, no seré yo por cierto quien le levante la mano.

Cuatro son los autores regionales, hasta don José de Viera y Clavijo, inclusive, que nos han hablado con algún detalle de la conquista de la isla de San Miguel de La Palma, a saber: fray Juan de Abreu Galindo, que escribió su historia en 1628; don Juan Núñez de la Peña, que publicó la suya en 1676; don Pedro Agustín del Castillo, que terminaba sus apreciables manuscritos en 1737; y el dicho Viera y Clavijo, que imprimió el segundo tomo de su famosa historia en 1778.

Descartando desde luego a Núñez de la Peña, porqué, tras no decir nada sobre la batalla de Adamacansis y Tanausú, en su obsesión milagreira toda la conquista de La Palma la reduce a un prodigio de óptica en los ojos de los palmeros, resulta que sólo Galindo, Castillo y Viera son los inventores del hecho o los padres de la criatura.

Abreu Galindo dice que visto por Lugo el poco remedio que había para reducir a Tanausú por las dificultades que ofrecía la aspereza del lugar, le mandó por mensajero a Juan de la Palma, haciéndole iguales proposiciones que a los otros príncipes rendidos; habiendo dado por respuesta el bárbaro que dentro de sus estados no trataría de cosa alguna; que saliesen de sus términos, que él iría a Aridane, o la Fuente del Pino; que sospechando Lugo de la respuesta, y más que todo, de que si no había avenencia se le volvería a enriscar con la noche, mandó a una parte de sus tropas que se emboscara cerca de la entrada de Adamacansis y le impidieran la retirada, caso que la intentase; que habiendo esperado hasta ya alto el sol, ordenó sus tropas y marchó a la Caldera, y encontrándole cerca de la Fuente del Pino, le embistió, desbarató e hizo prisionero, el cual se quejó luego de habersele faltado a la palabra; y, por último, que remitido a España, se dejó morir de hambre en el bajel, cosa nada extraña en los naturales palmeros.

Don Pedro Agustín del Castillo, sin variar los preliminares del hecho hasta la espera de Lugo con sus tropas en formación y orden de guerra en el lugar designado, dice que Tanausú descendió de sus montes acompañado de sus fuerzas y se situó frente a las de los españoles sin hacer otra señal en más de dos horas que mirarse el uno al otro ejército, recelosos de sus respectivas actitudes; que desconfiando Lugo de que el silencio y quietud del príncipe fuese en espera de más refuerzos, se resolvió a embestirle, y, vencéndole, hízole su prisionero, lamentándose el bárbaro y manifestando no se había acercado por el temor de verles armados.

Por último, don José de Viera y Clavijo, que tan fiel sigue a fray Juan de Abreu Galindo en los episodios de la conquista de La Palma, que bien se puede decir que no hace otra cosa más que esmaltar su prosa algo fría y concisa, sin embargo, en llegando a este pasaje no sólo hace hincapié en la caballería que a Lugo le suponía Tanausú para más hacer resaltar su falta en no guardarle la palabra, sino que afirma no tenía el Adelantado motivo racional para dudar de la buena fe del bárbaro, añadiendo de su cosecha—suponemos, por no encontrar fuente histórica que lo acredite—, lo indecisa que anduvo la refriega, si bien esta indecisión la reduce a minutos, merced a la ayuda que prestaron los emboscados en Adamacansis.

Pero, no será lícito preguntar ¿de cuándo acá ha sido virtud en los guerreros la confianza, y vicio la sospecha y el recelo? ¡Bien se podría decir, en vista de esto, que no es mal ciego aquel que no ve por tela de cedazo!

Mas si en este pasaje de nuestra historia discrepa Viera y Clavijo del criterio de don Pedro Agustín del Castillo y aun del de Abreu Galindo, a quien sigue, supuesto que lo aumenta y lo corrige, sin embargo, acordes todos afirman que Fernández de Lugo trataba bien y humanamente a los rendidos palmeros. Sírvales, pues, de atenuante al Adelantado esta humanidad para todos aquellos que ajusten su crítica a la del célebre historiador de Canarias, el que si viviera seguramente otro sería el sentir en este punto, vista la conducta que siguen en sus conquistas y colonias los románticos descendientes en ideales de sus ídolos los hombres de la Enciclopedia, y aun los de la fría y nebulosa Albión, de quien en verdad no era él nada devoto.

## IX

Terminada la conquista de La Palma, Fernández de Lugo dió conocimiento a los Reyes Católicos, bien en persona, según afirman algunos, o por medio de apoderado, como opinan los más, y en remuneración del servicio, o en virtud de lo capitulado, se le confirió el gobierno vitalicio de la isla que acababa de sujetar a la Corona, facultándole además para repartir las tierras, operación que confió a Juan Fernández de Lugo Señorino, hijo de su hermano Pedro de Lugo, pues el ardor que sentía por reducir a Tenerife no le consintió entretenerse en el despacho de esta incumbencia. Así, después de nombrar los primeros regidores, de estimular el celo de los eclesiásticos por la conversión de los naturales y de echar los fundamentos de la villa de Apurón, hoy ciudad de Santa Cruz de La Palma, recogió la gente dispuesta a seguirle, y en sus bajeles fuese a Gran Canaria, donde tenía que preparar la expedición a Tenerife, y a donde había visto llegar, en 11 de agosto del año anterior, la escuadra de Colón que iba a buscar un nuevo mundo, sin que esta bella y sugestiva empresa le hiciera variar de su empeño en someter a estas islas, cuya pobreza conocía, a pesar de las fabulosas riquezas que le prometían de las Indias los que iban a descubrirlas.

Aunque la actividad de don Alonso Fernández de Lugo era mucha y con harta premura había dejado la isla de La Palma por comenzar luego la conquista de la de Tenerife, en que soñaba, casi un año gastó en equiparse para esta empresa. Es verdad que su magnitud no pedía menos tiempo, y ya sabemos que los gastos de equipo más los había de negociar con la persuasión que con su bolsa, por lo escueta que siempre se hallaba. Por fin, allá en principios de abril de 1494, ya tenía prontos más de mil soldados de infantería y ciento veinte de caballería, los que en quince bergantines, bien provistos de víveres y armas, se dieron a la mar desde el puerto de La Luz en la tarde del 30 de abril, y largaban anclas en el de Añaza en la mañana del primero de mayo, saliendo a tierra con su gente en medio del ruido de las salvas que hacía la artillería; y así como en la isla de La Palma, después de su conquista, había hecho su entrada triunfal en el sitio que dedicó para fundación de la capital, llevando por sí una gran cruz de madera que fijó para perpetuo recuerdo, en la misma forma, y abrazando otra gran cruz, tomó tierra nívaria, siendo la adoración del Santo Madero el primer acto de posesión que, él y su ejército, hizo en Tenerife.

Si como guerrero su primer cuidado fué la construcción de un campamento atrincherado que, sirviéndole de centro de operaciones, prestase cómodo y seguro alojamiento a sus tropas, como político dirigió los primeros pasos al fin de abrirse caminos de paz entre los guanches, porque ordenó a don Fernando Guanarteme que con setenta de sus canarios marchara a la corte de Beneharo, mencey de Anaga, en cuyo territorio habían desembarcado, para pedirle permiso de establecerse en él, y, al mismo tiempo, encargóle solicitara de Beneharo la neutralidad; y aunque el bárbaro la otorgó, pronto volvió sobre su acuerdo, requerido por Bencomo, mencey de Arautápa-la. Pero de esta defección del anagués indemnizóle su buena estrella, porque la residencia en el territorio de Güimar de un viejo guanche llamado Antón, que en su primera edad había sido cautivo de Hernán Peraza, consiguióle la amistad y alianza del mencey güimaráes, llamado Añaterve.

Esta alianza supo cultivarla Lugo con la mucha discreción que le distinguía, y no sólo le valió ayudas cuantiosas de víveres y provisiones en los apuros que de vituallas sufrió, sino que por ella pudo enterarse de la población de la Isla y de las hon-

das diferencias que dividían a sus príncipes. Igualmente supo por esta alianza el resultado de la gran reunión de los menceyes guanches, que, como es sabido, no pudiendo ponerse de acuerdo sobre quién había de tener el mando supremo, para su ruina acordaron que cada cual defendiera sus estados, excepción hecha de Acaymo, Tegueste, Beneharo y Zebenzui, señores de Tacoronte, Tegueste, Anaga y Punta del Hidalgo, quienes confederados con Bencomo, le eligieron jefe de la defensa de la patria, con unos arrestos y entusiasmos dignos en verdad de mejor suerte.

En las vistas que Lugo tuvo con Bencomo en La Laguna, bien pudo apreciar que este príncipe bárbaro era de la misma madera que los Guanartemes canarios y el Tanausú palmero, si es que no les sobrepujaba en arrogancia ya que no en valor; y si otra cosa pensó, el tiempo y los hechos encargáronse de demostrárselo de un modo harto lamentable.

Decidido a llevar con premura la conquista, y fiando más de lo justo en la bravura de su gente, la amistad del güimarés y las divisiones intestinas de los menceyes, no dudó en disponerse para atacar a Bencomo en sus mismos estados de Arautápala, donde habían reconcentrado todas sus fuerzas los príncipes de la liga. Mas el no contar con la estrategia guanchinesca, ni con el valor de los nivarios, costóle la lección más dura que en guerra con bárbaros ha llevado España en su larga existencia; pues si de la batalla de Acentejo quedó quien pudiera dar noticia, hay que confesar que se debió a la nobleza de los guanches que, después de vencer, perdonaron la vida, generosos; porque de las mil y cien plazas que aproximadamente llegaba el ejército invasor, sólo doscientas escasas llevaron la noticia del desastre a Gran Canaria, a donde fueron a curar sus heridas y a llorar la desventura, en 8 de junio de 1494; por lo que si Lugo en La Palma pudo decir con César "llegué, vi y vencí", en Tenerife, por lo contrario, con otro héroe pudo exclamar: "por no ver bien, perdílo todo".

## X

Este revés de la fortuna (que seguramente haría recordar a nuestro Adelantado el dicho de Maldonado, gobernador de Gran Canaria, "no más cuentas con los guanches de Tenerife"), no fué suficiente ni para hacerle desistir de la empresa ni aun para mermarle el más pequeño de sus esfuerzos. Así le vemos que en 30 del mismo mes de junio celebraba nuevo contrato en Gran Canaria con los genoveses Guillermo Blanco, Francisco Palomares, Mateo Viña y Nicolás Angeloti, y después de haber metido en la empresa al Duque de Medinasidonia y empeñar a su propio hijo don Pedro, en 2 de noviembre de 1495 aportaba de nuevo a Añaza, dispuesto a vengar la afrenta rindiendo la isla o muriendo en la demanda.

Los caracteres como el de Lugo, para quienes las contrariedades son acicate, o mueren o vencen. Así fué que en las dos batallas campales de La Laguna y Victoria de Acentejo en 1495, Lugo desbarató el poder guanchinesco, quebrantando de tal modo sus fuerzas que al siguiente año de 1496, sin más acciones que pequeñas escaramuzas en que las pérdidas y ganancias se repartieron por igual, todos los menceyes se rendían en 25 de julio y 29 de septiembre.

La estrella de Lugo, si bien se oscurecía por momento, luego brillaba con más esplendor, porque la constancia con que sufría los reveses, los cansaba cuando no los vencía. Si se eclipsó en la Matanza de Acentejo, mostróse refulgente en La Laguna, y

si palideció con el hambre que experimentó el ejército en la inacción de 1495 a 1496, a causa del temor que tuvo de que sus fuerzas se contaminaran de la peste que asolaba a la raza guanche, por haber corrompido el aire las emanaciones de los cadáveres insepultos, esta misma pestilencia llevóle al vencimiento, como la inacción y el hambre le dieron la inmunidad, además de que los rigores del invierno de 1495 le obligaron también a recogerse a los cuarteles.

Terminada la conquista de Tenerife por la rendición de los menceyes, aun tuvo algo que hacer con los mal contentos, que apellidándose unos a otros se hicieron fuertes en las alturas, desde las que incomodaban más de lo que se quería a los vencidos y vencedores; y si bien en Tenerife al frente de los contumaces no se habían puesto los príncipes vencidos, como lo hicieron en La Palma, Tarigao y Garehagua, no dejaron de capitanearlos personajes de cuenta entre ellos, a quienes tuvieron que sojuzgar los mismos menceyes de Tegueste y Anaga.

Ya en julio de 1497 vemos a Fernández de Lugo echar los cimientos a la villa de San Cristóbal de La Laguna de Agüere para capital de sus conquistas, y disponer su viaje a España para dar cuenta a los Reyes Católicos de la misión que confiaron a su valor, llevando como trofeo de su victoria a los menceyes vencidos, los que tuvo el honor de presentar ante el trono de sus Soberanos en la villa de Almansa, valiéndole el presente el título de Gobernador de las dos islas conquistadas, por los días de su vida, con facultad de repartir la tierra conforme a los méritos contraídos. Es verdad que estos honores, tan justamente merecidos, le trajeron de contrapeso el de Capitán general de la costa de Africa, desde el cabo de Guer al de Bojador, razón que le obligó a continuar con la espada en la mano.

El orden de los sucesos en la vida de este hombre, nada adocenado, pediría interrumpiera aquí la relación de los hechos que como militar realizara para dar lugar a los que en otros órdenes emprendió por estos tiempos; pero como de hacerlo así ningún resultado práctico se obtiene, toda vez que no es su biografía sola la que trato de hacer, sino un juicio crítico de su gestión, creo mejor, para evitar confusiones, terminar el examen de todas las operaciones que como guerrero ejecutó.

## XI

Las dudas surgidas entre las cortes de Castilla y Portugal, sobre límites de la costa de Africa, fueron la causa de que los Reyes exigieran de Lugo la efectividad del título que le habían dado de Capitán general de esta porción imaginaria del territorio nacional. A prevención de cualquier intento ordenáronle pasara a ella a fin de construir un presidio en aquellas partes, que sirviera de centro de las operaciones militares que meditaban. En cumplimiento, pues, de orden tan terminante, Lugo, que se preciaba de fiel vasallo, sin reparar en los obstáculos ni en lo ruinoso de su hacienda, dióse prisa en obedecer, y el año de 1500, según Zurita, aportó al surgidero de Nul en Mar Pequeña, con una numerosa expedición, en la que, además de sus propios hijos y sobrinos, llevaba lo más lucido de sus entusiastas y valientes admiradores, bien ajeno del desastre que le esperaba, y con el cual se convenció, antes de Carlos V, de que la fortuna, como dama veleidosa, no gusta de viejos.

Aunque en la época de esta expedición no estén acordes los historiadores, de su existencia fuera temeridad el dudar puesto que los documentos la justifican de un mo-



do evidente. Sin embargo, mientras algún nuevo dato no venga a determinar de un modo indubitable su fecha, ésta continuará siendo uno de tantos escollos con que ha de luchar la cronología.

Los historiadores regionales Espinosa, Abreu Galindo y Núñez de la Peña nada nos dicen sobre esta expedición que ignoraron o que no consideraron de importancia a su objeto, siendo los primeros que de ella hacen mención don Pedro Agustín del Castillo, que, como ya se ha dicho, escribía en el primer tercio del siglo XVIII, y Viera y Clavijo, que lo hacía a sus fines, y con posterioridad otros que, bebiendo en estas fuentes, no aportan al esclarecimiento del hecho el más insignificante dato.

De los nacionales, Zurita en sus Anales y el padre de la Gándara en su Nobiliario de Galicia, también dan cuenta de ella, aunque el primero lo hace de un modo abreviado como cronista general, y el segundo aun más someramente, pues sólo la indica para poder dar fin glorioso a don Fernando de Lugo, hijo mayor del Adelantado, aunque con esto contradice la tradición popular que lo da por fenecido a estocadas en una de las calles de un barrio de La Laguna.

Sea del caso lo que fuere, lo cierto es que el Adelantado preparó su expedición en Tenerife y que, embarcado con su gente, fué a Gran Canaria, donde acabó de completar los detalles que le faltaban, y de allí dióse a la mar y aportó a la costa africana, en la que desembarcó su gente y un castillo o torre de madera, con el que luego se atrincheró. Pero los habitantes de Tagaost no defendían su territorio con sólo piedras, tabonas y magados, como los sencillos guanches; y así, cargando sobre el fuerte y su guarnición, si bien no vencieron ni rindieron a las tropas de Lugo en las distintas escaramuzas o batallas que los españoles sostuvieron, fueron diezmados de un modo cruel, lo que obligó a Lugo a recogerse a Tenerife para salvar las reliquias de su ejército, después de haber perdido el ostentoso regalo de la vajilla de Hernán Peraza, cort que su viuda doña Beatriz de Bobadilla, le había obsequiado con más altos fines, como dice Viera.

Pero no fué para nuestro Adelantado la pérdida más sensible la de la desaparición de la dádiva de la enamorada viuda: la muerte en las refriegas de sus sobrinos Francisco de Lugo y Pedro Benítez, con otros sujetos de cuenta y calidad, llenáronlo de luto, si no es que también tuvo que llevarlo por su primogénito don Fernando, según afirma Viera, apoyado en el testimonio de la Gándara, según dejó dicho.

Hasta aquí todo lo consignado no es más que el resumen de lo que dicen los autores publicados e inéditos sobre este hecho de armas llevado acabo por Fernández de Lugo; pero ya que la fortuna me ha favorecido un tanto en mis investigaciones acerca de este hecho histórico, quiero manifestar lo poco que he alcanzado, por si otro más dichoso que yo pueda aportar otros datos y se consigue el completarlo algún día.

De la información de nobleza de una familia ilustre (4) en la que declaran personas que alcanzaron en la plenitud de su razón el año 1550, consta que los hermanos don Diego de Vargas, comendador de Santiago, Sancho de Vargas y Pedro de Vargas, nobles señores descendientes de Juan de Vargas (5), asistieron a las conquistas de

(4) Información de nobleza de Hilario Guerra de Vargas, ante Cristóbal Guillén del Castillo, año de 1633. En ella declararon testigos de 104, 96 y 90 años.

(5) Estos tres hermanos Vargas fueron personas de mucha cuenta. Su cuarto hermano, don Gutierre de Carvajal, obispo de Plasencia, fundó en la iglesia de San Andrés, de Madrid, la Capilla que se dice del Obispo, donde fué sepultado San Isidro

Gran Canaria, La Palma y Tenerife, y acompañaron al Adelantado a la expedición de Africa, habiendo el primero construido un castillo en Mar Pequeña, por contrato que celebró con Lugo, y en el que éste se obligaba a pagarle cierto tributo de ambar y dinero.

La certeza de este hecho no se puede poner en duda, porque además de la información dicha lo acreditan los autos que los herederos de don Diego siguieron contra los de don Alonso de Lugo para el cobro del tributo. Dedúcese de aquí que la expedición al territorio de su Capitanía general, si fué desgraciada la estancia en Africa, no fué tan corta como hasta ahora se ha supuesto, ni tan efímera que no dejara huella de su paso, faltando sólo saber si el castillo o fuerte que edificó el comendador Vargas lo levantó sobre los cimientos del que fabricara Diego de Herrera y luego reconstruyera Alonso Fajardo, gobernador de Gran Canaria, o si lo emplazó en otro punto de la misma costa; ignorándose también la época y motivo de su destrucción.

Con esta expedición parece habían de terminar las hazañas militares de don Alonso Fernández de Lugo, en premio de las cuales agraciáronle los Reyes Católicos con el cargo de Adelantado de Canarias para él y sus sucesores, cuyo título se le despachó en Madrid a 12 de enero de 1503. Sin embargo, los historiadores del Santísimo Cristo de La Laguna aun le hacen asistir a la batalla de Salsas en el Rosellón, y aunque en otro escrito de distinta índole he dejado asentado este concepto para admitirle o desecharle, hay que meditarlo maduramente, porque si bien los autores están acordes en que esta función que dió nuevos laureles a don Fadrique de Toledo, duque de Alba, tuvo lugar el 16 de octubre, no están empero conformes con el año, pues mientras unos le asignan el de 1502 y otros el 1503, los más, con Viera y Clavijo, señálanle el 1504. Si la batalla tuvo lugar en 1502 o 1503, en este caso seguramente Lugo no pudo encontrarse en esta gloriosa jornada, ni fué de los que persiguieron al enemigo hasta el Rosellón, puesto que en estos años se hallaba en Tenerife. Precisamente en el mismo mes de octubre de 1502 hacía el nombramiento de Alcalde en la persona de Pedro Mejías y el de Teniente de Gobernador en 1503 en la del bachiller Pedro Fernández. Mas si la guerra de Salsas se verificó en 16 de octubre de 1504, ya entonces pudo asistir a ella nuestro Adelantado, porque hasta hoy los datos descubiertos no lo contradicen, pues aunque de la información de Juan de Armas, por ante Antón de Vallejo, consta que en 10 de febrero de 1505, cuando se recibió la real cédula que participaba la muerte de doña Isabel la Católica, el Adelantado estaba visitando las islas, aun

Labrador, criado que fué de Juan de Vargas, de quien el Obispo con sus hermanos descendían.

Los tres hermanos vinieron a la conquista de Gran Canaria y asistieron a la de La Palma, Tenerife y expedición a la costa africana, obteniendo todos grandes datas de tierras. Don Diego, el comendador de Santiago, en Agüimes de Gran Canaria y en Güimar de Tenerife, según lo declara en su testamento otorgado el 7 de octubre de 1542, ante el escribano Fernan Sánchez, en Madrid, adonde parece se restituyó, casando allí con hija de don Fadrique, almirante de Castilla.

El Pedro de Vargas se estableció y murió en Gran Canaria, heredándole los hijos de su hermano Sancho.

Y este Sancho de Vargas, a quien llamaron el viejo, aunque obtuvo datas en Gran Canaria y fundó la iglesia de Santa María de la hoy ciudad de Gufa, se trasladó a Tenerife por haber sido en esta isla mejor heredado en datas de mayor importancia, y es tronco de muchas familias principales. (Véase el Nobiliario y Blasón de Canarias, por Fernández de Bethencourt, tomo V, páginas 193 y siguientes.)

suponiendo que desde diciembre de 1504 estuviera en dicha visita, nada impide a la cronología el que después de la batalla de Salsas regresara a Canarias, porque todo el mes de noviembre le daba tiempo suficiente para hacer el viaje de retorno.

Con estas dos jornadas militares, la una cierta y la otra algún tanto dudosa, se da por terminada la vida de guerrero del primer Adelantado de Canarias, según los autores han escrito de él. Réstanos, pues, examinarle en otros órdenes de su vida pública.

## XII

Antes que analicemos la personalidad de Fernández de Lugo en el orden civil, y veamos cómo desarrolló sus talentos colonizadores y de hombre organizador, recojamos los datos que se han salvado de la incuria para estudiarle en su vida privada, porque las costumbres suelen informar, más de lo que se cree, los actos de los hombres en su vida pública.

Severa debió su moral en materia de costumbres privadas cuando sus detractores no han podido hincarle el diente en este punto. Joven, seguramente, contrajo su primer matrimonio con doña Catalina Xuárez-Gallinato, porque en la conquista de La Palma ya figuraba su hijo don Pedro con fama de buen soldado; y mucho debió ser el amor que profesaba a su consorte cuando la trajo a su lado tan pronto fué terminada la conquista de Gran Canaria, de cuya compañía disfrutó hasta la muerte de esta señora, ocurrida, como se dejó dicho, hacia el año 1490.

A mi cuenta, diez años por lo menos permaneció don Alonso Fernández de Lugo viudo de doña Catalina, porque la petición de la mano de doña Inés de Herrera para su hijo don Pedro la hizo antes de la expedición al Africa (1500 a 1501), y como de esta demanda surgió su segundo matrimonio con doña Beatriz de Bobadilla, madre de doña Inés, no menos tiempo puede asignársele a su primer estado de viudez, al que bien se le puede clasificar de recalcitrante. Bajo malísimos auspicios hizo nuestro Adelantado su segunda boda—el motivo de ella fué un crimen por parte de la consorte—, y mal podían recaer las bendiciones del cielo, sobre un charco de sangre. La estancia de Lugo en la Gomera y su asistencia en la casa de la viuda de su amigo y futura suegra de su hijo, dió ocasión a que la maledicencia de los vasallos de la casa de Herrera pusiera lenguas en la honra de su señora, acusándola de tratos ilícitos con el Adelantado, y como Pedro de Vera en materia de enjuiciar fué el maestro de doña Beatriz, descubriendo ésta que el autor de la murmuración era Francisco Ruiz de Castañeda, vecino de algún prestigio, bízole comparecer a su presencia, y con una crueldad pocas veces vista en una mujer, sin más forma de proceso ordenó fuera ahorcado alzándole en una viga de su propio palacio y mandando luego que en la noche colgaran el cadáver de una palma que estaba en la plaza.

Este hecho escandaloso obligó a don Alonso a casarse con doña Beatriz de Bobadilla y a sufrir la intemperancia de su carácter irascible, defecto de que no le compensaría la belleza de la dama, que parece se conservaba esplendente a pesar de los años. Pero aun no paró en sólo este sinsabor los que le dió la boda que hizo compartir con aquella furia su pequeño trono de Adelantado y Gobernador de dos islas. La tutela de don Guillén Peraza, que se empeñó en retener la Bobadilla, por poco le cuesta la vida a Lugo, terminando su unión con esta mujer funesta en la misma en que había comen-

zado, pues habiendo tenido noticias de que Fernando Muñoz, a quien había dejado el gobierno de la Gomera, tenía tratos con los Herrera que pretendían la tutela de don Guillén, sin que el Adelantado lo pudiese evitar, embarcóse una noche en una chalupa con treinta hombres de su confianza, hizo la travesía a la Gomera, y llamando a Muñoz, después de tratarle de traidor, sin que le valieran los descargos que daba, le mandó ahorcar en la plaza pública, hecho lo cual retornó a Tenerife, satisfecha de su venganza que sin rubor apellidaba justicia. Tanta crueldad, venganzas tan atroces, no podían quedar impunes. Las viudas de los ajusticiados exhalaban sus quejas en la Corte y los Reyes viéronse obligados a mandar que compareciera en ella doña Beatriz, y aunque ésta fué confiada en el favor de sus parientes y en la antigua afición que el Rey le demostrara, si con esto pretendía escapar de la justicia humana no fué bastante a librarse de la divina, que la llamó a cuentas en Medina del Campo, de un modo impensado, pues amaneció muerta en su propio lecho.

No sé porqué siempre me he figurado a Fernández de Lugo algo más que resignado con la muerte de doña Beatriz, sin que haga persuadirme de lo contrario el que esta mujer varonil le sirviera hasta para ejercer el gobierno de las islas en su ausencia (6), pues creo que él hubiera preferido encomendarlo a un amigo porque su propia consorte no sirviese al caso. En una palabra, la hubiera querido más mujer y menos hombre de tantos arrestos.

Por cierto que supongamos el tiempo de este segundo matrimonio nunca podrá bajar de dos años, porque constando que don Alonso estaba casado en 1502 y que doña Beatriz fué llamada a la Corte en vida de los Reyes Católicos, según parece indicar Viera y Clavijo, habiendo muerto la Reina en 26 de noviembre de 1504, no se le puede dar más extensión a este segundo enlace, que por otro lado poca huella dejó de su existencia, supuesto que de él no hubo descendencia.

Pero parece que Cupido acostumbraba hacer blanco de sus flechas a nuestro Adelantado, a largos períodos de diez a once años, porque de 1514 a 1515 casaba por tercera vez con doña Juana Mesiers, dama y parienta de la reina germana de Foix, segunda esposa de don Fernando el Católico, y aunque Lugo era más viejo que el Monarca y su mano estaría ya trémula del manejo de la espada, su naturaleza vigorosa y sana sacóle airoso, mejor que a su Rey, de este último lance de honor con dos hijas, llamadas doña Luisa y doña Constanza, de las que la primera, con sus gracias de niña y de hija, entretuvo sus últimos años, no sin que estos devaneos matrimoniales de anciano dejaran de perturbarle, porque de su testamento y de la conducta de su hijo don Pedro en su muerte, vislúbrase cierta tirantez de relaciones entre padre e hijo.

Mas, para no faltarle el sinsabor de la pérdida de hijos, ya que había experimentado el de dos esposas, la muerte arrebatóle a don Fernando, el primogénito, y a doña Beatriz; y si la de ésta pudo ser un hecho natural, que siempre hará llorar a los padres, la del primero, por lo trágica, como veremos, fué un golpe cruel.

(Continuará)

(6) Del Libro I de Acuerdos, folio 38, consta que en 19 de diciembre de 1502 doña Beatriz ejercía el mando por ausencia del Adelantado, pues en tal concepto fué requerida por el Cabildo para que no sacase trigo de Tenerife para la Gomera, por el hambre que se padecía.